

A aquesta narracion cortando el hilo,  
Encantados es fuerza que los deje.  
De materia y de estilo  
Cambiando así, vuestra atencion excito,  
Cual cambiando á menudo de manjares  
Del paladar se aguza el petito.

De sus tiendas saliendo en este instante,  
La mora gente armada se presenta  
Ante su rey, que ufano y arrogante  
Cada hueste examina, ordena y cuenta.

La fatiga, la lid, las privaciones,  
De soldados gran copia  
No solo cercenaban cada dia,  
Mas de Libia y Etiopía  
Muertos los mas ilustres campeones,  
Sin orden y sin guia  
Vagaban sus deshechos escuadrones.

De Numidia y de España  
Por reforzarlos nueva gente envia  
El jefe que, en cada una de estas tierras,  
Huestes en nombre de Agramante alista.  
El solo objeto pues de esta revista  
Era poner en grupos esta gente  
Y jefes y banderas á su frente;  
Mas suspender mi canto es ya preciso,  
Otorgadme, señor, vuestro permiso.

### CANTO XIV.

Reseña de los ejércitos de los reyes agarenos. — Aventuras de Mandricordo; sus amores con Doralice. — Plegaria de Carlomagno. — Parte del cielo el arcángel san Miguel para ir á llevar los mandatos del Eterno al Silencio y á la Discordia. — Asalto de Paris. — Primeras proezas de Rodomonte.

En las frecuentes y reñidas luchas  
Que el de Francia trabó con el pagano,  
Muchas fueron las víctimas y muchas

Que por pasto del lobo y del milano  
Quedaron por el monte y por el llano.

Con casi siempre próspera fortuna,  
El de la media luna  
Conquistó del frances pingües estados;  
Pero, con propia sangre oscurecidas  
Estas victorias, ¡cuántas, cuántas vidas  
Costaron de caudillos denodados!

Tal fué, ¡oh inclito Alfonso!  
De Ravena la célebre victoria.  
De indestructible gloria  
Os cubristeis, señor, y de despojos,  
Sin que por eso deje su memoria  
De humedecer con lágrimas los ojos.

Seguido de los jóvenes gallardos  
Que, en aquella jornada,  
De vuestra ilustre mano  
Áurea espuela obtuvieron y áurea espada,  
De grave riesgo al franco libertasteis;  
Del hispano arrollasteis  
Los casi victoriosos escuadrones;  
A los de estos unidos, los pendones  
De las áureas bellotas destrozasteis,  
Y de Roma, por fin, hecha cautiva  
La gran columna conservasteis viva.

De elogio digna es esta noble hazaña  
Muy mas, señor, que si con mano propia  
Diseis muerte á la copia  
De gente que tendida en la campaña  
De Ravena quedó, y á las de España  
Que, arrojando sus armas y estandartes,  
Huyeron en tropel por todas partes.

Nuestra paz, nuestra vida  
Afianza esta hazaña esclarecida,  
Y nos pone á cubierto  
De las tormentas que el Tonante envia.  
Pero ¡cómo entregarse á la alegría,  
Al contemplar en nuestros campos muerto

Al capitán de Francia y de la empresa,  
Y á tanto ilustre príncipe que, el hielo  
De Pirene pasando, á su defensa  
Volaban impelidos por un celo  
De que fué tan fatal la recompensa?

¿Cómo con rostro enjuto  
Mirar de tanta huérfana doncella,  
De tanta viuda, contemplar el luto?

Por el honor empero de las lises,  
Sin jefe, impunemente, estos países  
Mas largo tiempo recorrer no debe  
La soldadesca aleve

Que, matronas y vírgenes violando,  
Y el claustro profanando,  
A los ministros del altar maltrata,  
Y á un Dios sacramentado al suelo arroja  
Por verse dueño de un copon de plata.

¡Oh Ravena infeliz! ¡mejor te fuera  
Al vencedor ceder sin resistencia;  
Mejor seguir de Brescia el cuerdo ejemplo  
Que darlo triste á Rimini y Fayencia!

Al buen Trivulcio, ¡oh sabio Luis! envía  
A contener la furia de esta gente.  
Mándale que le cuente cuan fatales  
Fueron siempre en Italia excesos tales.

Faltas, cual las de Luis, de orden y guía  
Las musulmanas gentes, de sus reales  
Saliendo, ante sus jefes se presentan.  
Marsilio y Agramante

Con atención las forman y las cuentan.  
Con Dorifebo avánzase delante  
De las demás la catalana gente.

Los navarros le siguen, y á su frente,  
En vez de Fulvirante,  
Su antiguo jefe, por Reinaldo muerto,

Ponen los dos monarcas á Isolerto.  
Del pueblo de Leon es soberano  
El fiero Bagulante. A los Algarbes

Rige Grandonio. Falsiron, hermano  
De Marsilio su rey, capitanea  
A las tropas que trajo de Castilla.  
De Mandaraso el estandarte ondea  
En torno á las de Málaga, Sevilla  
Y cuanta gente la frondosa oliva,  
En los béticos campos, desde Gádes  
Hasta la rica Córdoba cultiva.  
Estordilano, jefe granadino,  
Viene detras. Por muerte de Lesbino,  
Tésira manda al pueblo de Lisboa.  
Con la gente gallega  
Viene detras el bravo Serpentino;  
Con la de Palma Baricundo llega.

Del audaz Matalista la bandera,  
Que en otro tiempo Sinagon llevaba,  
Siguen los de Toledo y Calatrava  
Y cuantos la ribera

Habitan del Guadiana. De Plasencia,  
Zamora, Astorga y Ávila y Palencia  
Blamardino otra hueste conducía.

De la de Zaragoza y de la corte  
Del rey Marsilio Ferragut regia  
La bien armada y bélica cohorte.  
En ella se notaba á Malgarino,  
Maljariza, Morgante y Balinverno,  
Que, sin razón lanzados de sus tronos,  
La dicha hallaron de Marsilio al lado  
Que en sus reinos no hubieran encontrado.  
Vienen también con ella el valeroso  
Folicon de Almería, hijo bastardo  
De Marsilio; y Argalia y Analardo  
Y Bavarte, Amiran y Doricante,  
Y Arquidan de Sagunto  
Y el astucioso y fuerte Malagunto,  
Y otros muchos guerreros de que en breve  
Narrar mi pluma las hazañas debe.

Revistado el ejército de España,

Con su gente aparece en la llanura  
 El rey de Oran, de insólita estatura.  
 De esta gente en seguida  
 Llega aquella que tuvo en otros tiempos  
 Por jefe á Martasino,  
 Rey de los Garamantes, cuya vida  
 La guerrera de Amon á cortar vino.  
 La tercera, la hueste de Marmunda,  
 Cual la cuarta y segunda,  
 Sin jefe va. Solicito Agramante,  
 Para entregarles una compañía  
 Al buen Ormida y á Buraldo elige.  
 De Libicania al fuerte Argan confía  
 La gente á quien aflige  
 De Druinaso, su rey, la suerte impía.

Baja la frente y pálido el semblante,  
 Marcha luego de Tänger el caudillo,  
 Brunelo, á quien la ilustre Bradamante  
 El favor de Agramante  
 Hizo perder, quitándole el anillo.  
 De este monarca, al escuchar tal nueva,  
 Fué la cólera tanta,  
 Que ceñir de Brunelo á la garganta  
 Hizo el lazo fatal; y sobre el palo,  
 Cual á infame impostor, morir le hiciera,  
 Si á afirmar Isolerto no viniera  
 Haberle visto al árbol amarrado.  
 Por esto y de gran parte de su corte  
 El rey á las instancias accediendo,  
 Le perdonó la vida, reservando  
 A nuevo error castigo mas tremendo.

Siguele Farurante, y tras él marchan  
 Los caballos é infantes de Maurina.  
 Mandaba un escuadron de Constantina  
 Liban, que obtuvo con el cetro de oro  
 La corona que fué de Pinadoro.  
 Con los de Hesperia viene Soridano;  
 A Dorilonte luego se divisa;

Siguen los Nasamonios á Puliano;  
 A Malbuferso siguen los de Pisa;  
 Los de Amoma á Agricalte, y á su frente  
 Por jefe lleva á Finadur la gente  
 Que de Canarias vino y de Marruecos;  
 Balastro rige la del rey Tarduecos.

Detras de aquesta la de Mulga viene,  
 De cuyo reino la vacante silla  
 Corino, amigo de Agramante, obtiene.  
 Siguen los de Armancilla,  
 Que, muerto Tanfirion, Caico acaudilla.  
 De Getulia por jefe á Rimedonte  
 Agramante designa. Balinfronte  
 Conduce á los de Cosca. El rey Clarindo  
 Rige de Bolga al escuadron que un día  
 Al fuerte Mirabaldo obedecia.

Balinverno va luego, á quien señalo  
 Como el ente mas malo  
 Del ejército todo de Agramante.  
 Siguele el rey Sobrino, á quien en ciencia  
 Dudo que haya quien gane, ni en prudencia,  
 Como dudo que exista  
 Hueste mas brava que la hueste suya  
 En cuantas son pasadas en revista.  
 La de Bellamarina, que otro tiempo  
 A Gualzoto por rey reconocia,  
 Viene despues, por guia  
 Trayendo al rey de Angel, al arrogante  
 Rodomonte de Sarza, que de Libia  
 Con copia de caballos y de infantes  
 Era llegado tres jornadas antes.

No contaban las huestes agarenas  
 Caudillo mas osado ni mas fuerte.  
 De Paris las almenas  
 No sin razon temblaban á su vista  
 Mas que á la de Agramante, de Marsilio  
 Y de cuantos guerreros  
 Vibraban de estos jefes en auxilio,

Contra la fe de Cristo, sus aceros.

Prusion rey de Albaraje, y Dardinele  
Rey de Zúmara siguen. Su impia suerte  
Ignoro si mochuelo

U otro siniestro pájaro predijo;  
Mas en el libro donde todo es fijo,  
Escrito estaba que el siguiente dia  
De los suyos el último seria.

Del rey de Tremecen, del de Noricia  
Al verse sin noticia y su estandarte  
Flotar no viendo por ninguna parte,  
Agramante en temor se consumia;  
Cuando á su encuentro un mensajero vino,  
De Alzirdo y Manilardo

A referirle el misero destino.  
« Señor, » le dice, « el paladin gallardo  
« Que á tantos destruyó, del mismo modo  
« Vencido hubiera el campamento todo,  
« Si á su impetu violento  
« Osara resistir el campamento. »

Era llegado á las alarbes tiendas,  
Pocos dias atras, un caballero  
De cuyas altas prendas  
Voló la fama por el orbe entero.  
Mandricardo llamábase, y, famoso  
Por tanta y tanta memorable hazaña,  
Poner el sello á su braveza extraña  
Y hacer eterno su esplendor debia,  
Del castillo encantado de Soría  
Arrancando las armas rutilantes  
Que el grande Héctor vistió diez siglos ántes.

La vista alzando, oyendo al mensajero,  
Partir resuelve el fiero Mandricardo  
A provocar al paladin gallardo  
Que á tantos destruyó. Su labio, empero,  
El pensamiento que le agita encubre,  
Ya porque á mengua el revelarlo tenga,  
Ya por temor de que en tal caso alguno

A anticiparse á su designio venga.  
Y, el color de las armas del guerrero  
Con viveza inquiriendo y sin empacho,  
« Negra es su cota, » dice el escudero,  
« Negro su almete y negro su penacho. »  
De Roldan dije ya, con qué motivo  
Este color tomó por distintivo.

Dado Marsilio á Mandricardo habia  
Un soberbio corcel de piel castaña,  
De negra caña y de peceñas crines,  
Que á los frisios confines  
Vino á engendrar un alazan de España.

Sobre el armado Mandricardo monta,  
Y con carrera pronta  
De aquel sitio se aleja, adonde jura  
No retornar en tanto que no venza  
Al señor de la negra vestidura.

Por encontrar comienza  
A la aterrada gente, que, sin guia  
Huyendo y sin concierto,  
Al furor del de Anger se sustraia.  
Cual de haber visto muerto  
Ya un hermano, ya un hijo, se plañia.

Este camino el tártaro siguiendo,  
Llega en breve al paraje que testigo  
Fuera del espectáculo tremendo  
Que dió Orlando al ejército enemigo.  
Al ver la sangre que la tierra esmalta,  
De su caballo Mandricardo salta,  
Y á creer lo que ve no se decide  
Mientras, con propia y envidiosa mano,  
Cada herida no palpa, observa y mide.

Pálpalas pues, y, con igual coraje  
Al que al mastin ó al lobo desconcierta  
Cuando, hambriento llegando hácia el paraje  
Do res su olfato le anunciaba muerta,  
Cuernos tan solo y huesos descarnados  
Encuentra por el vientre abandonados,

Blasfema el moro, y duélele y le pesa  
Llegar tan tarde á tan sabrosa mesa.

Todo aquel día vaga, y al siguiente  
Llega á un prado sombrío,  
En torno al cual su límpida corriente  
Desliza alegre un río,  
Formando un sitio igual al que, sus ondas  
Girar haciendo en su mansión profunda,  
El Tíber junto á Otricoli circunda.

Mil guerreros armados allí viendo  
Que parecen estarlo defendiendo,  
« ¿Cuál es la causa, » el tártaro pregunta,  
« Que tanta gente en este sitio junta?

Su noble gesto, su mirada brava,  
Prendan al capitán que allí mandaba,  
Quien, sospechando por el rico adorno  
De la armadura que le ciñe en torno,  
Su nobleza y valor, así le dice :

« De la bella princesa Doralice,  
« Que está con Rodomonte desposada  
« ( Bien que la fama aun no lo preconice ),  
« La custodia me ha sido encomendada  
« Por su padre, el monarca de Granada.  
« Cuando esta tarde á su agorero canto  
« Ponga fin la cigarra, á la doncella  
« Yo despertando, partiré con ella. »

En deseos de ver á aquesta dama,  
Que debe ser, á lo que infiere, bella,  
El arrogante tártaro se inflama,  
Y queriendo además hacer la prueba  
De cómo aquella gente

Guarda la joya que á su cargo lleva,  
« A su presencia conducidme en breve  
« O haced que venga al punto ella á la mía,  
« Verla quiero antes de seguir mi vía »

— « Loco estar, » dice el granadino, « debe,  
« Quien tal demanda á formular se atreve. » —  
Ni dijo más; que, el asta levantando,



Hazañas de Mandricardo. (T. I, p. 225.)

Lleno de furia, el tartaro le ataca,  
 Y, su cota y su yelmo atravesando,  
 Sin voz ni vida del arzon le saca.

Quando, las armas de Héctor conquistando  
 El hijo de Agricano  
 Notó la falta de la espada bella  
 Que el brazo ornó del paladin troyano,  
 Diz que jurara (y no jurara en vano)  
 Espada no ceñir miéntras aquella  
 No conquistara que llevaba Orlando.

No llevándola pues, ni otra arma alguna  
 Teniendo en su poder, su lanza presto  
 Recobra y torna á enarbolar, dispuesto  
 A dar muerte con ella  
 A aquella multitud, que en torno suyo,  
 Con espadas y picas, se atropella.  
 Al tartaro su número no aterra,  
 É hiriendo sin cesar, cubre bien pronto  
 De sangre y de cadáveres la tierra.

Rota su lanza, en fin, con sus dos manos,  
 El grueso tronco que de queda, aferra;  
 Y, segundo Sanson, derriba, hiende,  
 Y en el suelo tal vez de un solo golpe  
 Al caballero y al caballo tiende.

En vano, empero, en vano se defiende  
 La turba, á quien aflige y acobarda,  
 Mas que el recelo de perder la vida,  
 El género de muerte que le aguarda.  
 Y viendo en fin que muerta ó malherida  
 La mayor parte yace,  
 A partir la que queda se dispone:  
 Mas Mandricardo, que cual presa suya  
 Contempla aquella gente, se interpone,  
 Le cierra el paso y le interdice que huya.

Cual al soplo de recio torbellino  
 La frágil caña en el pantano cede,  
 Cual resistir no puede  
 A voraz llama el cañamo ó el lino

Que en sus trojes acopia el campesino ;  
Así sin fruto esta pujanza inmensa  
Contrarestar el granadino piensa.

Dispersada esta hueste , por la huella  
Que en la yerba descubre , se adelanta  
Ansioso el héroe de saber si es tanta  
Cual dicen la beldad de la doncella.

Al pié de antiguo fresno , cuya sombra  
Cubre del prado la mullida alfombra ,  
Mírala en fin. El llanto  
Que su faz inundando , discurría ,  
Cual clara fuente , por su blanco seno ,  
Mostraba cuanto del dolor ajeno  
Y de su propia suerte se dolía.

Su terror se aumentó , del agareno  
Viendo el ceño feroz , viendo la sangre  
Que manchaba sus armas y sus manos.  
Las damas , los ancianos ,  
Que á la jóven princesa acompañaban ,  
Cual ella , temerosos de su ruina ,  
La voz hasta los cielos levantaban.

Fuera de sí contempla Mandricardo  
Aquella faz divina ,  
Que , bien que un tanto el padecer la empaña ,  
No conoce rival en toda España ;  
Y , del amor herido por el dardo ,  
Del cielo en la mansion se considera ,  
Quedando , sin saber de qué manera ,  
Por premio de su triunfo  
Cautivo de su hermosura prisionera.  
De su fatiga , empero , el dulce fruto  
No espera conseguir hasta que enjuto  
El llanto amargo vea  
Que de la dama la beldad afea.

Con voz afable y con benigno gesto ,  
El tártaro á llevársela dispuesto ,  
« Partid , partid , » á aquellas gentes dice ;  
« Que amparo y compañía

« En mí tendrá la bella Doralice. »

Obedece la escolta , que ninguna  
Resistencia á este intento hacer podía ,  
Y se aleja , su misera fortuna  
Maldiciendo , y pensando cuan violento  
Del padre debe ser el sentimiento ,  
Y cuanto al ver frustrada su esperanza  
Terrible del amante la venganza.

« ¿ Porqué , » se dice aquella triste gente ,

« Porqué el de Alger ausente

« Se halla en aquestos críticos instantes?

« ¿ Porqué , oh Dios , no protege

« La ilustre virgen , ántes

« Que de nosotros su raptor aleje ? »

Ufano este entre tanto con la presa

Que el hado le depara , no se cura

De hallar al de la negra vestidura.

Léjos ya pues de apresurar su viaje ,

Despacio en busca va de algun paraje

Do pueda con sosiego

Dar suelta rienda á su amoroso fuego.

De la doncella el lastimoso llanto

Por calmar esforzándose entre tanto ,

Dícele él : « Vuestra fama

« Pudo tan solo , oh bella y noble dama ,

« Hacerme renunciar al rico trono

« Que por vos gustosísimo abandono.

« ¿ Ah ! si es que amor amando se merece ,

« El vuestro yo , que cual mi vida os amo ,

« Con sobrada razon bien veis reclamo.

« Si amor merece el brillo de la cuna ,

« Mecióme á mi la que á los reyes mece.

« Yo en riqueza y poder solo á Dios cedo ,

« Y esperar ser amado tambien puedo

« Si recompensa alguna

« Merecen el valor y la fortuna. »

Estas y otras palabras

Que su amor al guerrero sugeria ,

Van poco á consolar el alma  
De la triste doncella. Dulee calma  
Sustituye al dolor que la afligia;  
Con semblante sereno  
Escucha al impetuoso sarraceno;  
Con gesto casi afable le responde;  
Y ni aun sus ojos, donde amor se esconde,  
Desdeñosos se cierran ó retiran  
Si en ellos clava el tártaro los suyos,  
Que la piedad y la pasión respiran.

El musulman, que por la vez primera  
Del amor los efectos hoy no siente,  
Conoce que no siempre indiferente  
Ha de ser su pasión á la doncella;  
Y marchando con ella,  
Lleno el pecho de amor y de alegría,  
No tarda en advertir que del Ocaso  
Dirigiéndose el sol á los umbrales,  
Brindaba con la calma á los mortales.

De su bridon el paso  
Acelerando entónces, un concierto  
Escucha de instrumentos pastoriles  
Y salir humo ve de unas cabañas,  
Donde encuentra un asilo,  
Muy mas que bello, cómodo y tranquilo.

Allí festeja al héroe y á la dama  
Un mayoral; que generosos pechos  
No se hallan solo en villas y ciudades,  
Y tal vez las mas nobles cualidades  
Van á abrigarse bajo humildes techos.

Lo que, en la calma de la noche oscura,  
Pasar pudo entre el hijo de Agricano  
Y la bella princesa granadina,  
Mi razon lo adivina,  
Mas tímida mi voz no lo asegura.  
De cada cual al juicio lo someto;  
Y, sin ser indiscreto,  
Diré tan solo que al siguiente día

Brillaban ambos rostros de alegría,  
Y que de un hospedaje tan felice  
Las gracias al pastor dió Doralice.

Parten despues, y errando á la ventura,  
Llegan á un rio que á la mar vecina  
Con pacifico curso se encamina.  
A su márgen estan, sobre la grama,  
Sentados un guerrero y una dama.

Mas caprichosa ley, que á que no siga  
Siempre la misma direccion me obliga,  
Me lleva en este instante  
Al campo donde el árabe arrogante,  
A Francia estremeciendo con su furia,  
El santo imperio, amenazando, injuria;  
Y donde el rey de Argel con irritante  
Tono se precia, en impetus insanos,  
De hacer de Roma y de Paris dos llanos.

Noticioso Agramante  
De que el inglés la mar atravesara,  
Al rey Marsilio y á Sobrino el viejo  
Llama con otros jefes á consejo.  
De acuerdo todos en que intento vano  
Fuera expugnar los parisienses muros,  
Si en ellos entra el auxiliar britano,  
Dar el ataque sin tardar deciden  
Y para ello las órdenes expiden.

Ya escalas mil y máquinas y vigas,  
Que á hacer barcas y puentes  
Destinaban las huestes enemigas,  
En torno de los muros acumula  
La que el asalto debe dar bien presto.  
A su frente Agramante la estimula,  
Y, el recio ataque á dirigir dispuesto,  
Forma un segundo ejército del resto.  
La víspera del día  
Que este combate presenciar debía  
Mandó el emperador misas y oficios  
Celebrar á los monjes, y á los legos